

Presentación de “Málaga, de musulmana a cristiana”

2ª edición del libro de José María Ruiz Povedano

Málaga, salón de actos del Museo de Bellas Artes, 11 de enero de 2019

Es absolutamente cierto que el destino de una ciudad, manifestado en el carácter de su población y sus funciones dominantes, presenta unos rasgos de continuidad y permanencia que arrancan de su mismo instante fundacional, que suele estar motivado, a su vez, por el feliz acoplamiento entre las condiciones físicas del lugar y las necesidades de la población primigenia. Pero es cierto también que las ciudades cambian, y con ella sus ciudadanos. Y así, es un hecho comprobado que el espíritu comercial y mercantil de Málaga, que está en su mismo origen fundacional y habrá de marcar su destino histórico, fue el principio que, como escribió Torres Balbàs, *“trajo consigo la afición al cambio, a la mudanza (...) el cual, junto con la riqueza acumulada, produjo la renovación constante de la ciudad, en contraste con otras andaluzas que conservan en su recinto urbano recuerdos y huellas importantes del pasado”*.

Sea como fuere, la verdad es que esta naturaleza mercantil hizo de Málaga-históricamente- un territorio **lábil** donde, más que enraizarse, se **deslizaban** las diversas culturas que por ella pasaron, dando lugar a mezcolanzas, solapes, coexistencia e integración de razas y comunidades de intereses: Málaga seguirá siendo una ciudad con culto y lengua púnicas durante la dominación romana; de igual forma, fue precisamente la jerarquía eclesiástica la que, habiendo permanecido intacta, colaboró con el reforzamiento de estado islámico, por no hablar del papel económico de las comunidades judías o los mercaderes genoveses en el tráfico marítimo de los productos locales durante toda la dominación musulmana, y así hasta la contribución de los capitales extranjeros al auge mercantil e industrial de los siglos XVIII y XIX.

Mutaciones, mezclas, renovaciones... en Málaga podríamos decir, no sin ironía, que su constante es el cambio; y todos esos cambios se ven reflejados en su geografía y su urbanismo como un libro abierto de su propia historia. Sin embargo hubo un tiempo - los años del desarrollismo del pasado siglo- en que los malagueños se afanaban en arrancarle las hojas a ese libro en nombre de

una supuesta modernidad, despreciando el conocimiento de nuestra historia comprometiendo seriamente el respeto que nos debíamos a nosotros mismos.

Afortunadamente hace varios años que las cosas cambiaron y en Málaga se desató un inusitado interés por su historia debido, a mi juicio, a la confluencia de dos circunstancias: la creación de su Universidad por un lado, que ha producido una verdadera pléyade de jóvenes investigadores, historiadores y arqueólogos y, por otro, la alarma por las irreversibles pérdidas patrimoniales a las que estaban dando lugar los excesos inmobiliarios. (Todo ello con la crisis económica de los setenta, a las que se superponían unos nuevos valores traídos por el cambio de régimen). Son cientos los trabajos, libros, artículos y tesis doctorales que han abordado todos los períodos de nuestra historia, a los que viene a sumarse la reedición de la brillantísima tesis que el lector tiene ahora entre sus manos: “Málaga, de musulmana a cristiana”, publicada por primera vez en el año 2000, de la que es autor José María Ruiz Povedano, en la cual se analiza un momento clave para el entendimiento de las pautas de configuración de la ciudad moderna, es decir, el tránsito de la ciudad islámica a la cristiana tras la conquista por los Reyes Católicos en 1487, merced a la acción de los Repartimientos de las propiedades inmuebles y bienes raíces entre la población colonizadora.

Existe una abundantísima información de este momento histórico procedente de la narración de los cronistas de la época y de los propios libros de los Repartimientos, tan bien y profusamente estudiados por Bejarano Robles y José Enrique López de Coca y Castañer, entre otros. El mérito de Ruiz Povedano no es tanto la recopilación de datos existentes sobre el tema- en todo caso impresionante- como la aguda y sugerente interpretación que hace de los mismos, por la que se nos desvela el alcance y el significado profundo de esa gran operación urbanística que fueron los Repartimientos, más allá del simple hecho de repoblar con vencedores el territorio ocupado a los vencidos. La tesis de Povedano, o lo más sustancial de la misma, es **que los Repartimientos que siguieron inmediatamente a la conquista fueron una especie de “ensayo general con todo” del nuevo modelo de Estado surgido de la Monarquía católica y unitaria, el primer experimento de sus**

estructuras burocráticas y administrativas y la traducción espacial del nuevo poder que se preparaba ya para llevar a cabo ese diseño imperial que habría de tener su eclosión en el siglo venidero. Como dice Pierre Vilar, “(...) *el reinado de los Reyes Católicos prepara un siglo triunfador. Si España asimila a Carlos V es porque se ha creado una fuerte atmósfera antes que él. Si conquista un mundo, lo evangeliza y dirige una Contrarreforma, material y espiritualmente, es gracias al unanimismo moral creado a fines del siglo XV por ella, que puede vivir esas grandes horas*”.

No es ésta la única aportación de la tesis de Povedano pero, a mi juicio, sí la más certera y sugerente: las aperturas viarias, los ensanches, las variadas formas de representación simbólica del poder, civil o religioso (las puertas, plazas, murallas y fachadas palaciegas), las divisiones parroquiales, las “collaciones” y, sobre todo, la intensa labor de policía urbana, ordenancista y normativa de los concejos y corregidores tenían como fin último la contundente afirmación de un orden nuevo, epílogo del medioevo y antesala del Estado moderno, que nacía, en el caso español, identificando la solidez nacional con la ortodoxia católica, la implantación – en muchos aspectos contradictoria- de una visión antropocéntrica del mundo, heredera del Renacimiento italiano, con una cruzada por la cristiandad contra los judíos y el Islam. Como señala Julio Valdeón citando a Salustiano de Dios, “los elementos del Estado Moderno, a saber, la existencia de un poder soberano, que se proyecta sobre una comunidad territorial y que cuenta con el apoyo de un aparato de estado centralizado, eran perfectamente visibles en la Castilla de los Reyes Católicos”. Pero no es aventurado pensar que estos elementos del Estado empezaran a manifestarse en las ciudades del reino de Granada que precedieron a la conquista de la capital, Alhama, Loja, Baza, Guadix, Almería y, muy especialmente, Málaga.

Las transformaciones urbanas que siguieron a la cruenta conquista de la ciudad no son fáciles de rastrear por los descabros que infligieron a la tupida trama de la ciudad islámica precedente. Povedano no deja aquí palmo de terreno por investigar. Como un juliovernesco Akne Saknussen en su “Viaje al Centro de la Tierra”, el autor, ayudado por el famoso plano-guía de Emilio de

la Cerda Gariot sobre la Málaga musulmana- que en realidad es una conjetura de la ciudad inmediatamente posterior a los Repartimientos- desciende a las profundidades topográficas buscando el significado de cada traza, del menor gesto del parcelario que nos pueda desvelar el secreto de una transformación; analiza con enorme rigor el papel y la funcionalidad de las puertas, conexiones con los caminos territoriales, catalizadores de vida urbana y soporte (mediático, diríamos hoy) de los símbolos demostrativos del poder; de las murallas, ese elemento tan defensivo como simbólico, en la medida en que determina un "fuera"- el alfoz, lo extranjero- de un "dentro", la *madinat*, el grupo, la identidad, la pertenencia; de las grandes propiedades cedidas al alto clero y la nobleza, expresión del statu quo mantenido con la Monarquía, esto es, prebendas y señoríos para aquellos a cambio del poder político absoluto para ésta.

Resulta particularmente interesante y esclarecedor el análisis de las transformaciones que sistemáticamente se producen en la red viaria. En primer lugar, porque en con su enfoque se desbarata el tópico de la desestructuración, de la falta de "logos" en la morfología de la ciudad islámica, como si sólo fuera producto de un "pathos", de unas tortuosidades que sólo encontrarán justificación en arcanos argumentos de índole religiosa. El dédalo de callejuelas aparentemente desestructurado es esclarecido por Povedano cuando estudia la trama urbana relacionando los puntos focales de las puertas con los caminos territoriales que salen del recinto cruzando la ciudad y la posición de las piezas urbanas más significativas, mezquitas, alhóndigas, alcaicerías, etc. Coincide aquí el autor con el punto de vista del geógrafo Alfredo Rubio sobre la "tela de araña" descrita por Ibn- Khatib: *"Se trata de un espacio urbano no vinculado a las formas y flujos derivados de los modos de consumo actuales(...) pero no puede afirmarse con seguridad que su distorsionamiento, a los ojos de los urbanistas actuales y pasados, obedezca a una ausencia de legislación y a la simplicidad (¿) del sistema cultural islámico, como señala Benévolo, sino que refleja una lógica y unos componentes culturales absolutamente diferentes, que no deben vincularse radicalmente a las prescripciones del Corán y que reflejan unos procesos de producción y consumo concretos"*. De estos componentes culturales distintivos Povedano destaca uno que resulta determinante para explicar la singularidad del catastro islámico: la concepción, diametralmente opuesta a la cristiana, del sistema de propiedad y el deslinde entre lo público y

lo privado. Los “darb”, los “qûrral”, los adarves, etc, constituye un complejo sistema de acceso a las viviendas en el que la frontera entre lo público y lo privado se desdibuja, confiriendo a la trama urbana una dimensión vitalista y capilar que pudimos constatar hace ya varios años cuando, de la mano de López de Coca, estudiamos las constantes tipológicas de los barrios de Trinidad y Perchel, por ejemplo. Allí, como en las medinas musulmanas, como en el barrio de casas de La Alcazaba...la transición entre la calle, el zaguán y el patio supone un flujo, un espacio continuo en el que no se sabe bien donde acaba el dominio de lo público y donde empieza el del privado. Para los castellanos era distinto: las exigencias de representación del nuevo orden precisaba del escenario de la calle, es decir, de la presencia nítida de lo público y de la capacidad simbólica de las fachadas, elemento que representaba el orden, el ornato y la norma. El plano de la Málaga cristiana se configura, pues, a la luz de este principio, en el que los adarves y fondos de saco se conectan en la unidad de una calle reconocible, las revueltas de rectifican y la tela de araña se compartimenta y se jerarquiza en busca de una nueva estructura y una nueva centralidad. Y así queda consolidada una ciudad que, desde entonces y hasta bien pasada la mitad del siglo XX, creció siempre sobre sí misma, sobre el perímetro de la antigua medina y sus arrabales. (Pocas variaciones podemos identificar entre los planos de Carrión de Mula, Las epidemias, Pérez de rozas, Rafael Mitjana, etc). Los atirantados de calles de los repobladores cristianos preludian, con cuatro siglos de antelación, las aperturas viarias de la Málaga del XIX, pasando por los escasos, pero significativos, intentos transformadores del urbanismo barroco. Toda transformación es funcional, pero también es simbólica, en tanto que refleja la voluntad de permanencia y trascendencia del poder. **José María nos deja meridianamente claro en este trabajo que los repobladores cristianos quisieron hacer una ciudad nueva**, como lo demuestra la contundencia de su acción y el recurso al substrato teórico de los modelos de ciudad ideal propugnados por Francesc Eximenis y Sánchez de Arévalo, a la manera de las “imago mundi” renacentistas. Pero ya entonces, como luego con los intentos barrocos y los hausmannianos del XIX, podemos constatar un hecho apasionante: por encima, o por debajo, de todas esas transformaciones urbanas, aflora siempre, con la tenacidad de un palimpsesto, la presencia

indeleble de la Málaga musulmana. Es algo que aún hoy puede verse en la fisonomía urbana si sabemos mirar bien y si escogemos bien el ángulo. Pero sobre todo lo veremos mejor si sabemos mirar en nuestro interior. Esta extraordinaria tesis de José María Ruiz Povedano tiene el mérito de ser un trabajo bien hecho y de haber llenado algunas lagunas documentales e interpretativas. Pero una recreación tan vívida de un momento crucial de nuestra historia y de la construcción de nuestra ciudad acaba siendo un apasionante viaje al pasado que, trascendiendo lo científico, acaba alcanzando el aliento poético de esa mirada interior que permite conocernos un poco mejor a nosotros mismos.

Salvador Moreno Peralta, arquitecto